

## ALONDRA DE LA RETAMA BLANCA

A D. Francisco Bonnín

Hay esta noche una fiesta  
en Las Cañadas del Teide.  
Y es que la retama blanca  
se va a casar muy en breve.  
Su blanco traje de novia  
ha estado teje que teje,  
gota a gota, flor a flor,  
con un cariño de fuente.  
Nunca vio la primavera  
a unos brazos tan alegres  
batir tan honda ternura  
a punto de alma y de nieve.  
Ni vio nunca el mar tampoco  
estrellarse en las rompientes  
olas de su azul que fueran  
a la blancura tan fieles.  
Todas las flores amigas  
le han enviado sus presentes:  
los helechos, su abanico,  
la aulaga, su corselete  
y la retama amarilla  
las arras de oro fulgente.  
Fue muy dulce la violeta  
cuando se acercó, tan leve,  
y desde el suelo le dijo:  
«Soy tan cortita, que siempre  
quedaré mucho más baja  
de todo cuanto desee».  
Como están casi en las nubes  
afilando sus desdenes,  
no sé si le habrán enviado  
ya su obsequio los cipreses.  
Pero ella mira hacia adentro,  
como lo hacen las mujeres,  
y ve que un bosque le nace  
de cada ramita verde.  
¡Qué novia está la retama!  
¡Qué frente de abril su frente!  
Ya esta tarde, las abejas,  
después de libar sus mieles,  
iban al aire bordando  
con más zigzás que otras veces.

Y hasta los viejos peñascos,  
mastines de áspero diente,  
viendo a la retama en flor  
latirle alondras las sienas,  
en el rubí del recuerdo  
han vivido nuevamente  
su juventud de volcanes  
y su piafar de corceles.  
No necesita azahares  
porque de sobra los tiene,  
que el corazón de la espuma  
ha hecho en ella su albergue  
y el silencio le ha prendido  
su velo sin alfileres.  
Y mientras está esperando  
al novio que nunca viene,  
un pastor corta en la sombra  
su cuello de luna y nieve.  
Y le rompen sus armiños,  
y las ramas le retuercen,  
y descoyuntan sus hombros  
y arrastran por las pendientes.  
Pero como es voz de la isla  
y conducta de sus héroes,  
el cisne de sus aromas  
navega todo el ambiente  
y perfuma como el sándalo  
a las manos que la hieren.  
Ya están dormidas sus savias.  
Ya libarán para siempre  
en la flor de su agonía  
las abejas de la muerte.  
Sobre el lugar del martirio,  
la noche, a solas, se siente  
verónica de la altura.  
Y en su paño azul celeste  
el rostro de la retama  
copia en estrellas mil veces.  
Que le hagan guardia de honor  
marineros y cadetes  
y que la sigan llorando  
mis amigos y las fuentes.

Pedro García Cabrera

